

*Medio Siglo de Docencia**

Rodolfo Oroz

No menos de cincuenta y ocho años han pasado desde que inicié mi carrera universitaria en el Instituto Pedagógico, que funcionaba en el viejo caserón de Alameda de las Delicias, esquina de calle Cumming, hoy desaparecido.

En ese edificio, una ancha escalera de piedras, hollada por numerosas generaciones de estudiantes, conducía al segundo piso, que estaba rodeado de una gran galería abierta, desde la cual se miraba hacia un amplio patio embaldosado, desprovisto de toda vegetación. Toda la casa mostraba el paso del tiempo y sus estragos y, si a la vista saltaba su antigüedad, tampoco podía disimularse al oído el crujir de las tablas estropeadas y quejumbrosas de sus pasillos y salas de clase.

Sin embargo, esta noble vetustez le confería un aire familiar y acogedor, cálido y humano, cuyo recuerdo evoca en mí un mundo de gratísimos e inolvidables momentos.

Tal vez la evocación de vivencias personales carece del verdadero sentido para quien las escucha y da sólo una vaga idea de lo que ha sido para uno mismo parte esencial de la vida. El fervor o sentimiento con que pudiera referirme a los tiempos pretéritos puede tener quizás un valor puramente subjetivo y es posible que mi buena intención sólo valga para mí y mis recuerdos.

No obstante, quiero hacer ahora una rápida semblanza de algunos de mis colegas de aquellos tiempos, figuras eminentes de la educación nacional, con quienes tomé contacto en el escenario ya descrito.

* El día 15 de mayo de 1981, durante el acto de instalación de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, fue nombrado Profesor Emérito de ella el doctor Rodolfo Oroz. Del texto del discurso que pronunció en esa ocasión proviene este significativo artículo, que contribuye a entender el desarrollo de las humanidades en Chile.

al pasado no menos que al futuro. Nada que el hombre pueda emprender o proyectar logra concretarse si no es sobre la base de sus experiencias acumuladas y de sus expectativas y propósitos. Al proceso por el cual la existencia humana se proyecta hacia su futuro sin dar vueltas las espaldas a su propio pasado, lo denominó tradición. Es erróneo pensar que una tradición es necesariamente conservadora, porque cuando se la entiende como proceso activo, y no como pasiva recepción de un legado rígido, se hace evidente que le es esencial transformar el legado recibido para adaptarlo a las exigencias del futuro proyectado.

En la medida en que la idea de tradición comporta una doble dirección de la mirada, hacia el pasado y hacia el futuro, ella constituye una interpretación adecuada de la historicidad humana, porque integra en una unidad esencial los diferentes momentos que configuran la temporalidad propia del hombre. Aquí se revela la unilateralidad de la idea del progreso, por cuanto ésta mira desde el presente sólo hacia el futuro (y si mira hacia el pasado, lo hace para desvalorizarlo y anularlo), despojando al hombre de una dimensión decisiva de su ser.

El concepto de tradición envuelve, pues, la noción de un acto por el cual se *hacen presentes* los diferentes momentos del tiempo humano: el pretérito, el presente y el futuro, en cuanto dados a la conciencia. Estos momentos, que aparecen disjuntos en el transcurso temporal, son *recogidos* y comparecen como una unidad. De este modo el tiempo humano no se limita meramente a *pasar*, sino que más bien *queda* y permanece en presencia del hombre. En esto difiere fundamentalmente la historicidad de la simple temporalidad de los objetos naturales y aun de los animales *.

Desde esta perspectiva puede entenderse por qué la noción de progreso, volcada hacia una valoración positiva tan sólo del futuro (y por extensión, del presente como superación del pretérito), no puede resultar satisfactoria para las humanidades, y por qué éstas necesitan vincularse con sus objetos en un juego que reconoce la interrelación mutua entre el pasado, el presente y el futuro, de manera tal que estos tres momentos se condicionen recíprocamente. Para el hombre, toda acción y toda iniciativa es hecha ciertamente posible por sus experiencias pasadas, pero se emprende o realiza en vista de un futuro que se desea crear. En el caso de los objetos naturales, sus movimientos están determinados por las condiciones pretéritas, pero no necesitan *tener a la vista* el futuro para ad-

* La *presenciación* o hacerse presente de los momentos del tiempo humano fue estudiada por S. Agustín y formulada de este modo "Los tiempos son tres: el presente de lo pretérito, el presente de lo presente y el presente de lo futuro" (*Conf.*, XI, 20, 26). La función del *recogimiento* o *recolección* fue asignada por S. Agustín en *Conf. X* a la memoria, que no es para él mera retención de lo pasado sino vinculación del pretérito ya transcurrido con el futuro esperado y proyectado.

cuando, al día siguiente de la votación, se me comunicó que la elección, por unanimidad, había recaído en mi persona, a simple propuesta del señor Decano.

Esta designación me acercó ya un paso más al campo al que deseaba dedicarme en verdad, cual era la Romanística. Enseñar latín como base de las lenguas romances, no sólo estaba dentro del marco de mi afición, sino que significaba, a la vez, el excepcional honor de heredar la cátedra del mundialmente afamado sabio don Federico Hanssen, a quien, por desgracia, no tuve la suerte de conocer.

Como recién salido del horno de la Universidad de Leipzig, en aquel entonces uno de los centros de estudios superiores alemanes más exigentes y estrictos en los exámenes, creía que era de rigor aplicar en el Instituto Pedagógico normas parecidas en los ramos que se me habían encomendado, a fin de no menoscabar el excelente prestigio de que gozaba, con justicia, este plantel educacional en todo el continente.

Este proceder, que en mi juventud yo consideraba beneficioso, como aún lo creo, me acarreó la tremenda e ingrata fama de *verdugo*. Se me atribuyó una severidad en los exámenes que se convirtió después en algo legendario. Así me lo han dicho, y es por eso que hago propicia la publicación de este artículo, para disculparme ante todos los que han debido sufrir las consecuencias de esa leyenda, y puedo asegurar que nunca tuve el propósito de aterrorizar a mis alumnos.

Volviendo a los comienzos de mi carrera y mis clases de latín, debo declarar que muy pronto me di cuenta de la precaria —para no decir deficiente— base de conocimientos elementales que poseían en esa asignatura los alumnos con quienes pretendía leer y explicar los *COMENTARIOS DE LA GUERRA DE LAS GALIAS*, de Julio César.

Desde entonces decidí poner el mayor empeño en lograr una renovación de estos estudios, que habían decaído visiblemente después de la muerte de Hanssen. Era indispensable procurar a los estudiantes de ese ramo los medios que les facilitaran el aprendizaje y les permitieran penetrar en la estructura de esa lengua, para poder intentar después una lectura provechosa de alguna obra de los clásicos. Así, preparé, primero, una *ANTOLOGÍA LATINA*, la que, gracias a la comprensiva actitud del gran editor y librero don Carlos George Nascimento, salió a la luz pública en 1927. Luego siguieron la *GRAMÁTICA LATINA* (1932) y los *EJERCICIOS LATINOS* (1932). Este material auxiliar me permitió dedicar mayor tiempo a las explicaciones lingüísticas, sobre todo de carácter histórico, y dar al estudio un nivel más universitario.

Ahora, siendo Chile un país cuya lengua nacional no es sino una forma evolucionada del latín, estimo que la supresión de la enseñanza de ese idioma en los estudios secundarios, ha sido un error. Me llevaría muy lejos si quisiera insistir ahora, una vez más, en las ventajas que traería el

conocimiento del latín para la enseñanza del idioma patrio, sin mencionar las múltiples razones que impulsan a otros pueblos que no son de raza latina a dedicar buen tiempo a esta disciplina.

Muy poco después de organizar estos cursos, el destino quiso que viera cumplido uno de mis más caros anhelos, al obtener, mediante concurso de oposición, la cátedra de Filología Castellana, que quedó vacante por jubilación del doctor Lenz, quien la desempeñaba como sucesor de don Federico Hanssen.

Creo que es éste el momento oportuno para recordar con admiración y gratitud al eminente maestro que fue don Rodolfo Lenz, quien, fuera de haber sido nombrado Miembro Académico de la Facultad de Filosofía, no recibió nunca un homenaje público digno de sus grandes merecimientos, ni en vida, ni después de su muerte.

En la asignatura que se llamaba propiamente Gramática Histórica Española pude realizar uno de los objetivos más ansiados de mi programa, vale decir, el iniciar a los alumnos en los métodos de la investigación científica, extendiendo luego las prácticas implantadas al respecto, a los ramos de Lingüística Románica y Lingüística General.

Estimaba que todos nuestros afanes en el campo del lenguaje y de la filología debían girar, en primer lugar, en torno a nuestra propia modalidad de hablar, para trazar, si fuera posible, la imagen de nuestro modo de ser reflejada en nuestra lengua. La meta era descubrir la estructura idiosincrática de nuestra lengua y así, de la manera peculiar de percibir y entender como chilenos la realidad que nos rodea, es decir, interpretar a través de la lengua el modo propio y específico de enfocar los objetos y fenómenos del mundo en que vivimos, ya que hay consenso en el sentido de considerar la lengua como el espejo del alma colectiva del pueblo que la usa. Se ha dicho con mucha razón que “cada lengua es una visión distinta del mundo”, y nosotros estimamos que, aunque tengamos fundamentalmente la misma lengua que España, poseemos, sin embargo, en muchos aspectos, una visión diferente del mundo de la que tiene un hispano peninsular.

En el vocabulario encontramos la visión que la comunidad lingüística ha configurado del mundo exterior. Por esta razón he estimulado siempre el estudio de nuestro léxico, tanto en su forma oral como en la escrita y esto a través de las diversas regiones de nuestro país. De ahí mi particular interés por que se llevaran a cabo investigaciones de geografía lingüística. Y en los últimos años pude comprobar con íntima satisfacción que no había predicado totalmente en el desierto, pues en 1973 vio la luz pública el *ATLAS LINGÜÍSTICO-ETNOGRÁFICO DEL SUR DE CHILE*, obra sobresaliente, dirigida por un ex discípulo mío.

Cuando yo me incorporé al Instituto Pedagógico, predominaba todavía entre muchos colegas —salvo los grandes maestros ya mencionados— el

concepto de que su cuerpo docente no tenía otra obligación que la de transmitir ciertos conocimientos rutinarios, indispensables para los aspirantes a un título profesional.

Así, se prescindía por completo de la investigación o se la relegaba al último lugar. Hoy día, en cambio, todo el mundo está convencido de que la investigación constituye una función fundamental de la universidad y no se concibe un plantel de enseñanza superior que no le dé la debida importancia. Y a este respecto, me complace poder señalar que paulatinamente fueron creados varios centros de investigación, tanto en nuestra facultad como en otras, pero al mismo tiempo debemos lamentar que el promisorio desarrollo de ellos fuera bruscamente interrumpido, hace algo más de un decenio, por razones extrauniversitarias. Por fortuna, estos institutos están recobrando hoy una nueva vida y hay claros indicios en nuestra universidad de que la investigación científica recibirá ahora un fuerte impulso, ya que ella es, sin duda alguna, la principal fuente potencial y base del progreso, en todo sentido.

En varias partes del mundo se observa una tendencia a poner mayor énfasis en la ciencia pura que en su aplicación al ejercicio profesional, porque, según se dice, no hay, en el fondo, ninguna práctica sin teoría.

Por tales motivos, mi constante afán y preocupación se inclinó a interesar a mis alumnos por emprender trabajos de paciente y prolija indagación, dándoles un modesto ejemplo con mi propia actividad en este sentido, y muchos se han dado cuenta del íntimo goce que proporciona al investigador un hallazgo cualquiera, por pequeño que sea, que contribuye a enriquecer nuestro conocimiento acerca de una materia, y así se convencieron de que un profesor universitario tiene que ser, forzosamente, un investigador y no un mero repetidor o reproductor de nociones ya establecidas.

Hoy nuestra universidad se ha ajustado a las exigencias que implica el concepto de una institución moderna de alto nivel cultural, donde el número y la calidad de los trabajos científicos de su personal le asignan el rango y prestigio que le corresponde en el ámbito del saber humano.

En repetidas ocasiones se ha dicho que el renombre de una universidad no se funda en la maestría pedagógica de sus docentes, sino en la reputación científica de éstos, y que la tarea principal universitaria con proyecciones hacia el futuro, consiste no tanto en graduar a un gran número de profesionales como en formar a auténticos investigadores científicos. De una universidad de este género podrán salir los académicos o científicos que, como promotores de la cultura superior, estarán en condiciones de señalar los rumbos que habrá de seguir, para llevar al país por caminos hacia horizontes cada vez más promisorios.

Creo que es ésta la meta a la que debemos aspirar.

ABSTRACT

The author outlines the highlights of his academical life as a contemporary of outstanding professors at the University of Chile. He mentions his efforts within the fields of investigation and teaching of Philology and Linguistics, emphasizing the relation between words and man's view of his outer world. Lastly, he ratifies the importance of investigation, remembering that the fame of a university is based mainly on the scientific reputation of its academic staff.